

Marcel Proust: *En busca del tiempo perdido* (cuarta parte): “Sodoma y Gomorra” o el mundo de la homosexualidad en la aristocracia finisecular francesa

■ ■ Clemente Apolinar Pérez Reyes*

“Primera aparición de los hombres-mujeres, descendientes de los habitantes de Sodoma que fueron perdonados por el fuego del cielo.

La femme aura Gomorrhe et l’homme aura Sodome”

*Alfred de Vigny*¹

Resumen

El cuarto volumen de *En busca del tiempo perdido*, “Sodoma y Gomorra”, relata el secreto del barón de Charlus que el narrador descubre mientras observa una orquídea esperando ser polinizada por un abejorro. Narra el encuentro sexual entre el barón de Charlus y el chalequero (sastre) Jupien, y explora las relaciones homosexuales masculina y femenina, reflexionando sobre el sexo y el deseo. Albertina, uno de los personajes fundamentales, tiene una presencia poderosa en estas reflexiones. Fue el último volumen publicado en vida de Marcel Proust y se adentra en las zonas secretas del deseo y la pasión, con personajes que navegan entre la frustración social y personal, la división llevada al extremo por el controvertido caso Dreyfuss y la desventura mundana en los ambientes refinados y decadentes del París finisecular.

Palabras clave: “Sodoma y Gomorra”, barón de Charlus, Jupien, Albertina, homosexualidad, caso Dreyfus, París finisecular.

Introducción

El barón de Charlus, personaje de la nobleza francesa de *En busca del tiempo perdido*, aparece desde el primer volumen, pero sus rasgos principales se revelan en el tomo dedicado a la duquesa de Guermantes, titulado “Le coté de Guermantes” (traducido como “El mundo de Guermantes”), cuando ambos, el narrador y el barón de Charlus, coinciden en la tertulia ofrecida por la señora de Villeparisis. Los rasgos de este personaje llaman la atención desde el segundo volumen de la novela, titulado “A l’ombre des jeunes filles en fleurs” (“A la sombra de las muchachas en flor”), por su lenguaje corporal que capta la atención del narrador. El lector experimentado notará que este personaje, desde su aparición, no es común. Aunque Proust evita explicar sus actitudes en los tres volúmenes anteriores, ciertas características generan dudas, especialmente en “A la sombra de las muchachas en flor” durante la escena donde Marcel espera a su abuela a la salida del Grand Hotel de Balbec.

Mencioné la presencia de este personaje hasta el tercer volumen de la obra (“Le coté de Guermantes”) porque como el autor expresa, su característica particular ameritaba un más detallado tratamiento de su personalidad. Y también porque sabíamos que uno de los volúmenes de la obra estaba dedicado a él. En esta cuarta colaboración, en consecuencia, nos centraremos en Palamedes XV, un Guermantes que elige autonombrarse “barón de Charlus”, así como en Albertina y su relación con Marcel, el narrador.

En la relación siguiente aparecen los títulos de los volúmenes y partes de esta monumental novela de la que se han publicado el correspondiente ensayo en nuestra revista y los capítulos de “Sodoma y Gomorra”, volumen que le da sentido a toda la novela proustiana. (La relación de partes y capítulos se realiza por la alusión que continuamente debe hacerse).

* Licenciado en Letras Españolas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Actualmente maestro jubilado de educación media básica y superior. Maestro “Medalla Rafael Ramírez”. Fundador y actual editor responsable de la revista *Reforma Siglo XXI*, de la Preparatoria No. 3. En 2019 la UANL lo nombró Profesor Emérito.

¹ Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido 4: Sodoma y Gomorra* (Alianza Editorial, 2019), 11.

En busca del tiempo perdido

Primer volumen: “*Por el camino de Swann*”

Primera parte: “Combray”

Segunda parte: “Unos amores de Swann”

Tercera parte: “Nombres de tierras: El nombre”

Segundo volumen: “*A la sombra de las muchachas en flor*”

Primera parte: Gilberta Swann y Odette de Crecy

Segunda parte: Balbec y las muchachas en flor

Tercer volumen: “*El mundo de Guermantes*”

Primera parte:

En el hotel de los Guermantes y el salón de la señora de Villeparisis

Segunda parte:

Capítulo primero: Enfermedad y muerte de la abuela de Marcel

Capítulo segundo: Los zapatos rojos de la duquesa

Cuarto volumen: *Sodoma y Gomorra*

Primera parte

Capítulo único: La homosexualidad del barón de Charlus al descubierto

Segunda Parte

Capítulo primero: Las intermitencias del corazón (El salón de la princesa de Guermantes y el recuerdo de la abuela)

Capítulo segundo: Los misterios de Albertina

Capítulo tercero: Las tristezas del barón de Charlus

Capítulo cuarto: Brusca mudanza con relación a Albertina

Esta es mi colaboración para la edición decembrina de *Reforma Siglo XXI*, número 124, del aniversario número 88 de la Preparatoria No. 3 de la UANL.

La homosexualidad del barón de Charlus

“El mundo de Guermantes”, como lo recordará el lector, termina con el dilema moral entre la atención al moribundo amigo Charles Swann o al mandato del

duque Basin, en la célebre escena de las zapatillas rojas de la duquesa quien, como va vestida de rojo, debe cambiar sus zapatillas negras:

Puesta por primera vez en su vida entre dos deberes como subir a su coche para ir a cenar fuera, y dar muestras de piedad a un hombre que se va a morir, no veía en el código de las formas sociales nada que le indicase qué jurisprudencia había de seguir, y como no sabía a cuál dar preferencia, creyó que debía hacer como si no creyese que la segunda alternativa hubiera de plantearse, de modo que obedecería a la primera, que en aquel momento exigía menos esfuerzos, y pensó que la mejor manera de resolver el conflicto era negarlo.²

Con ese mismo atuendo aparece en la fiesta de la princesa de Guermantes, el punto más alto de los salones parisinos. Marcel no fue invitado, lo que crea un vacío narrativo hasta el siguiente volumen, “Sodoma y Gomorra”. Este hueco en la narración produce dos sorpresas: la homosexualidad del barón de Charlus y la solución definitiva del caso Dreyfus. En efecto, el narrador se sorprende con el descubrimiento de la homosexualidad del barón de Charlus. La otra novedad que determina el destino de los personajes es la resolución del caso Dreyfus,³ dado que la jerarquía de los salones cambia: el salón más relevante pasa a ser el de Odette de Crécy, esposa de Swann y madre de Gilberta. Toda Francia era dreyfusista o antedreyfusista, con las consecuencias que esta polarización implicaba.

¿Cómo se desarrollará la vida de Marcel y la de los Guermantes, reflejo de la nobleza rancia? ¿Y la de los nobles por decreto napoleónico por servicios prestados a la Tercera República? ¿Y la de los burgueses aspirantes a ser tomados en cuenta como miembros de esta sociedad aristocrática? ¿Cuál será

² Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido 3: “El mundo de Guermantes”* (Alianza Editorial, 2021), 781.

³ El contexto histórico y social de *En busca del tiempo perdido* está marcado por el caso Dreyfus, capitán del ejército francés que fue sometido a proceso, acusado de espía, el cual estuvo plagado de irregularidades; la condena por alta traición fue motivada por el antisemitismo. Por su trascendencia se convirtió en un ejemplo del racismo y de la injusticia. Émile Zola defendió al capitán con su célebre artículo “Yo acusó”. La víctima sostuvo una actitud admirable frente a la adversidad. Finalmente fue absuelto, pero con el estigma de la culpabilidad. Los conservadores estaban a favor de la condena y los liberales o gente de izquierda en contra, lo que dividió en dos bandos a la sociedad francesa de la *Belle Époque*.

el destino de Albertina? La tormentosa relación con Albertina dará como resultado los volúmenes cinco y seis de *En busca del tiempo perdido*: “La prisonniere” (“La prisionera”) y “Albertine disparue” (“La fugitiva”), que algunas editoriales titulan “Albertina desaparecida”.

La primera parte de “Sodoma y Gomorra” relata cómo Marcel, el protagonista, descubre la homosexualidad del barón de Charlus. En este caso, Marcel oye todo debido a la ubicación de las habitaciones que alquila al duque Basín. La segunda parte del cuarto volumen está integrada por cuatro capítulos en los que se narran, en el primero, los detalles de la esperada fiesta de los príncipes de Guermantes; en el segundo, el regreso a Balbec, en la que prevalecen las visitas al salón de madame Verdurin. Se detalla, además, el amor y los celos insoportables del narrador por Albertina. En el tercero presenciamos el amor de Charlus por el violinista Morel. Veremos recorrer el mismo camino tortuoso de amor y de celos que experimentan todas las parejas que pueblan *En busca del tiempo perdido*. Es de destacar que se observa una curiosa relación inversamente proporcional entre el amor de Charlus y el de Marcel, es decir que entre más ama Charlus a Morel, más se aburre Marcel con Albertina. En el cuarto capítulo, Marcel, a punto de romper con Albertina, porque ya el aburrimiento es insoportable, descubre que su enamorada fue prácticamente criada por madeimoselle Venteuil⁴ y su amiga.⁵ Dicha revelación le es insoportable por las razones que ya se verán. Más allá de toda verosimilitud, se abre para él la tierra incógnita de la sexualidad de la mujer, incluyendo la homosexualidad femenina. Sin embargo, la reacción inmediata de Marcel nos sorprende, pues no es la que esperaba el lector.

El capítulo único de la primera parte, de extensión breve, compuesto por solo cincuenta páginas, presenta una estructura triangular en la que Marcel expone el descubrimiento de la homosexualidad del barón de Charlus (primer ángulo); la observación de la polinización de una orquídea por un abejorro (segundo ángulo), evento que tampoco presencia por estar atento al affaire de

monsieur de Charlus y Jupien; y un ensayo sobre la homosexualidad, que incluye consideraciones científicas de principios del siglo XX acerca de esta orientación sexual, actualmente consideradas obsoletas (tercer ángulo).

Como *voyeur* consumado, Marcel está espiando el regreso de los duques de Guermantes, cuando hace el descubrimiento de un rasgo de la personalidad (sospechado por los lectores experimentados en los volúmenes anteriores) concerniente al barón de Charlus:

Mucho antes de hacer a los duques la visita que acabo de contar (el día de la fiesta de la princesa de Guermantes) estuve al cuidado de su regreso y, en la espera, hice un descubrimiento especialmente relacionado con Monsieur de Charlus, pero tan importante en sí mismo que he ido aplazando su relato hasta ahora, hasta el momento de poder darle el lugar y la extensión que quería darle.⁶

Antes de continuar con el descubrimiento de Marcel, detengámonos en la afirmación “he ido aplazando su relato hasta ahora, hasta el momento de poder darle el lugar y la extensión que quería darle”. Marcel expresa lo anterior porque monsieur de Charlus se hace presente en *En busca del tiempo perdido* desde el primer volumen, “Por el camino de Swann”, pero estas apariciones van concretando su presencia y su peso en el argumento conforme va transcurriendo la obra. Llama la atención el extremo cuidado que el narrador pone en su papel de voyerista, pues según Luz Aurora Pimentel el narrador con ello intenta exculparse:

El no asume, no acepta ningún rol activo en estos casos de clarísimo voyerismo, y habría que pensar que en todo acto de voyerismo se dan por lo menos dos actores: el mirón y el mirado, pero aquí, el narrador, en tanto que mirón, niega su participación activa [sic]: todo lo achaca siempre a la providencia, a las circunstancias que siempre lo exculpan y justifican.⁷

4 Hija del músico Venteuil. En “Unos amores de Swann”, Charles le pide que interprete una sonata compuesta por el músico, ya que uno de sus pasajes le trae el recuerdo de Odette de Crécy.

5 Esta amiga misteriosa es también amiga de Albertina. Es la que Marcel observa en uno de sus primeros actos de voyerismo para practicar el safismo con madeimoselle Venteuil.

6 Proust, 2019, 11.

7 Luz Aurora Pimentel, *Muerte y transfiguración de un gran autor. El legado de Marcel Proust. Charlus y el mundo de la homosexualidad: “Sodoma y Gomorra”*, 2022.

La primera ocasión en que Marcel actúa como voyeur es en el primer volumen de la novela, cuando sin querer (como es usual), en uno de sus paseos, observa a la hija del músico Venteuil y a su amiga realizar un acto de seducción sexual que el narrador describe en términos de un cortejo de pájaros. Lo que ve no se circunscribe únicamente a un cortejo ornitológico, sino que ambas muchachas escupen sobre el retrato del padre muerto.⁸ Esta amiga de mademoiselle Venteuil es un fantasma que recorre toda la novela.

La segunda ocasión es la tarde anterior a la fiesta de la princesa de Guermantes en la que el narrador casualmente se encuentra en una de las ventanas y observa las orquídeas de la duquesa de Guermantes, esperando ser fecundadas por un abejorro, cuando providencialmente aparece monsieur Charlus, que ha ido a visitar a la marquesa de Villeparisis al hotel de Guermantes, donde también habita la familia de Marcel. Todavía queda un acto de voyerismo, pero éste ocurrirá en el último de los siete volúmenes, “El tiempo recobrado”.

Como ya lo adelantamos al describir el contenido de cada uno de los capítulos de “Sodoma y Gomorra”, en el capítulo primero se relata el descubrimiento que efectúa Marcel (por mera casualidad, como ya quedó dicho, pues él no anda espiando a nadie) de la homosexualidad del barón de Charlus. El lector experimentado empieza a sospechar del problema de Charlus desde las páginas de “A la sombra de las muchachas en flor”. A continuación, transcribo este primer encuentro, involuntario, como es de esperarse, del narrador con Charlus. La transcripción es extensa, debido al estilo de Proust, que se caracteriza por el empleo de párrafos elongados, pero el encuentro narrado es de capital importancia para la comprensión de las actitudes que presentará el barón en los siguientes volúmenes de la obra:

Al día siguiente de esta conversación⁹ que tuve

⁸ Este episodio puede leerse en el fragmento de las páginas 211 a 219, en el que Marcel se queda dormido recargado en un arbusto frente a la casa del músico Venteuil, recién fallecido. La amiga de la hija del pianista reaparece tres volúmenes después y perturba al narrador, ya que también es amiga de Albertina y siente celos de un posible amor sáfico entre ambas. Proust, 2022, 211 – 219.

⁹ Se trata de una conversación ocurrida en “A la sombra de las muchachas en flor” en la que el amigo de Marcel, Roberto de Saint-Loup, le describe a su tío, es decir, le hace el retrato del barón de Charlus.

con Roberto, mientras que él estaba esperando inútilmente a su tío, iba yo por delante del casino hacia el hotel, cuando tuve la sensación de que alguien que no estaba muy lejos de mí me miraba. Volví la cabeza y vi a un hombre de unos cuarenta años, muy alto y grueso, de bigotes muy negros; aquel señor se daba golpecitos en el pantalón, nerviosamente, con un junquillo y clavaba sobre mí unos ojos dilatados por la atención. Por esos ojos cruzaba de vez en cuando miradas de extremada actividad propia solo de los hombres que se ven delante de una persona desconocida, la cual, por cualquier motivo, les inspira ideas que no se le ocurrirán a otro, por ejemplo, locos o espías. Me lanzó una postrera ojeada atrevida, prudente, rápida y profunda, todo a la vez, como la última estocada antes de emprender la fuga, y después de mirar alrededor suyo adoptó una actitud de hombre distraído y altanero, y volviéndose bruscamente se puso a leer un cartel de teatro, absorbiéndose en esta tarea, mientras que tarareaba una canción y se arreglaba la rosa del ojal. Sacó del bolsillo un cuadernito e hizo como que tomaba nota de la función anunciada. Miró el reloj dos o tres veces, y luego se echó más hacia la cara su sombrero de paja negra, prolongándose el ala con la mano puesta a modo de visera, cual si quisiera ver si venía el que esperaba; hizo un gesto de disgusto de esos que quieren dar a entender que ya se ha cansado uno de esperar, pero que no se hacen nunca cuando en realidad está uno esperando a alguien, y luego, echándose hacia atrás el sombrero, con lo cual dejó al descubierto un peinado de cepillo, al rape, pero con alitas onduladas a los lados, exhaló el resoplido que exhalan no las personas que tienen mucho calor, sino las que quieren aparentar que tienen mucho calor.

Se me ocurrió que acaso fuera un ladrón de hotel que, habiéndose fijado en la abuela y en mí, preparaba algún golpe contra nosotros y que ahora se había dado cuenta de que lo sorprendí en el momento en que me espiaba y quizá para despistarnos adoptó aquella nueva actitud, que expresaba distracción e indiferencia, pero con tan agresiva exageración, que su objeto, más que el de disipar las sospechas que pudiera haberme inspirado, parecía el de vengar una humillación y darme a entender, no

ya que no me había visto, sino que era yo un objeto de mínima importancia para atraer su atención. Erguía el cuerpo en son de bravata, repulgaba los labios, se retorció el bigote e infundía en su mirada una nota de indiferencia, de dureza casi insultante. Tanto, que aquella expresión tan singular me hizo pensar si sería un ladrón o un loco. Sin embargo, su manera de vestir era extremadamente pulcra y mucho más seria y sencilla que la de todos los bañistas que se veían por Balbec, de modo que casi me justificaba a mí mi americana oscura, tan frecuentemente humillada por la resplandeciente blancura de los frívolos trajes de playa. Pero en esto mi abuela vino a mi encuentro.¹⁰

Voy a prescindir de un análisis hermenéutico de la transcripción anterior que nos describe el comportamiento del *mirón* (el narrador) y el *mirado* (Charlus). Habría que insistir sin embargo en esta especie de duelo de lenguajes: el gestual de Charlus como el lingüístico del narrador, ambos lenguajes están marcados por el exceso. El lenguaje corporal de Charlus, desmedido para Marcel, desencadena una abundancia de adjetivos y antónimos (prudente-atrevida; rápida-profunda) en la escritura del narrador, que luego, en la parte inicial de “Sodoma y Gomorra” justificará en términos de la incompreensión pues expresa: “Hasta entonces como yo no había comprendido, no había visto”.¹¹ Este duelo lo explica Luz Elena Pimentel en los siguientes términos:

Es evidente que el narrador no entiende nada, aunque para nosotros como lectores, es evidente que el extraño se quiere levantar a Marcel [...] En este momento del relato no sabe ni entiende quien es Charlus, no sabe de su homosexualidad.¹²

Pasemos de “A la sombra...” a “Sodoma y Gomorra” (prolepsis de 1200 páginas aproximadamente) para referir lo que Marcel escuchó en una de las dependencias del hotel del duque de Guermantes. Ya explicamos que Marcel se encuentra espiando la llegada de los duques mientras observa una orquídea en espera de ser polinizada por un improbable

abejorro. También se da cuenta que Charlus se dirige al taller de Jupien, por lo que además de la de curioso y mirón, decide agregarse otra tarea, ver en qué termina la visita del aristócrata al sastre palafrenero:

No me atreví a moverme [...] Pues por lo que oí al principio [en el taller de Jupien], y que no fue más que sonidos inarticulados, supongo que pocas palabras se dijeron. Verdad es que aquellos sonidos eran tan violentos que, de no repetirse sucesivamente, y cada vez una octava más alto en quejido paralelo, habría podido yo creer que una persona estaba degollando a otra muy cerca de mí y que, después, el homicida y su víctima resucitada tomaban un baño para borrar las huellas de un crimen. Posteriormente llegué a la conclusión de que hay una cosa tan estrepitosa como el dolor, y es el placer, sobre todo cuando va acompañado —a falta de miedo de tener niños, y aquí no era el caso, a pesar del ejemplo poco probatorio de la leyenda dorada— de los cuidados inmediatos de limpieza. Por fin, pasada una media hora (durante la cual yo me había encaramado a paso de lobo en mi escalera para mirar por el ventanillo sin abrirlo) se inició una conversación. Jupien rechazaba enérgicamente el dinero que Charlus quería darle.¹³

Después de este descubrimiento realizado “involuntariamente” por Marcel, el narrador procede a reflexionar acerca de la homosexualidad. Con ello traza un perfil del homosexual basado en el conocimiento que de este tema se tenía a principio del siglo XX. En este perfil proustiano predominan rasgos como la ambivalencia y la duplicidad. A estas reflexiones dedica la mitad del primer capítulo, que como ya dijimos no es extenso, construyendo una tipología entre botánica y sexual de esta forma de sexualidad humana. Luz Aurora Pimentel, destaca que el centro de esta reflexión filosófico-botánica-homosexual son las flores y específicamente el hermafroditismo de la mayoría de éstas y en base a esta característica, Proust define la homosexualidad como la convivencia de dos sexos en un solo cuerpo, pero no como un hermafroditismo físico, sino psíquico:

10 Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido 2: “A la sombra de las muchachas en flor”* (Alianza Editorial, 2018), 429 – 430.

11 Proust, 2019, 11. (Otra traducción de esta misma frase es “Porque nada había comprendido, nada había visto”).

12 Pimentel.

13 Proust, 2019, 21.

Algunos, si se les sorprende por la mañana, todavía en la cama, tienen una admirable cabeza de mujer, hasta tal punto es general su expresión y simboliza todo el sexo; hasta su cabello lo afirma con su inflexión, tan femenina; suelto, cae tan naturalmente en trenzas sobre la mejilla que uno se asombra de que la mujer, la doncella, Galatea que se despierta apenas en el inconsciente de ese cuerpo de hombre donde está encerrada haya sabido tan ingeniosamente por sí misma, sin que nadie se lo enseñara, aprovechar salidas de su prisión, encontrar lo que era necesario para su vida.¹⁴

A partir de 1990, de acuerdo con la OMS, la homosexualidad dejó de ser considerada como una patología o una enfermedad mental, criterios que Proust utiliza en su ensayo sobre este elemento de la diversidad sexual, que se desprende de la expresión: “Galatea (mujer) que se despierta apenas en el inconsciente de ese cuerpo de hombre donde está encerrada”.

El barón de Charlus es uno de los personajes más complejos de *En busca del tiempo perdido*. En primer término, es barón por elección, pues como él mismo expresa príncipes ya hay muchos, cualquiera sin serlo se antepone este título nobiliario: “Hoy en día [...] todo mundo es príncipe, así que necesita uno distinguirse en algo, yo usaré mi título de príncipe cuando tenga que viajar de incógnito”.¹⁵ También le dicen Mémé en el círculo aristocrático de los Guermentes, sobre todo la duquesa, para abreviar su nombre, que es como ya dijimos Palamedes, nombre extraído de la mitología griega. “(En sus caminatas, después de horas y horas de marcha, todo acalorado, se bañaba en ríos helados), cualquier otra vida había de parecer afeminada. Ni siquiera admitía que un hombre llevara una sortija”.¹⁶ Además, tenía el poder de decidir quién podía entrar en los salones mundanos de los nobles y aristócratas. Se le atribuían muchas amantes (*que en lugar de muchas eran muchos*), sin sospechar de su homosexualidad, secreto que solo Marcel conocía. “El supremo poder de Charlus es proverbial, como Zeus tronante, Charlus aún reina en la cumbre del



Olimpo social. Nadie puede entrar en esos salones sin su anuencia”.¹⁷

El amor de Albertina y Marcel

“A la recherche...” cuenta a lo largo de los siete tomos los amores atormentados de varias parejas, en las que los celos, la persistencia en un amor no correspondido, la desconfianza, etcétera, son comunes. En el primer tomo nos encontramos la historia de Charles Swann y Odette de Crécy, la cortesana que, aunque “no era su tipo”, dicho por el propio Swann, termina en un matrimonio que a la postre resulta catastrófico para la salud de Charles.¹⁸

En el segundo, destaca el amor de Robert de Saint-Loup con Raquel, prostituta y aspirante a actriz, no obstante la diferencia de clases sociales (Saint-Loup era nada menos que todo un Guermentes y

14 Proust, 2019, 35 – 36. (Las cursivas son mías para destacar la convivencia de ambos sexos en una sola persona).

15 Proust, 2018, 434.

16 Proust, 2018, 442.

17 Pimentel.

18 Asunto narrado en la segunda parte del primer volumen, titulada “Unos amores de Swann”. Véase la reseña en: Pérez Reyes, C. A. (2025). “Marcel Proust: ‘En busca del tiempo perdido’ (primera parte): Por el camino de Swann o la recuperación del tiempo perdido a través de la memoria”, *Reforma Siglo XXI*, 31 (121) 66 – 71.

Raquel vive en los bajos fondos de París);¹⁹ pero también recordamos el amor frustrado de Marcel con Gilberta, hija de Charles Swann y Odette de Crécy;²⁰ en el tercero “El mundo de Guermantes” se empieza a perfilar el amor de Marcel con Albertina, el cual tendrá un inicio plagado de desconfianza, de celos y de inseguridades, que se agudizarán en “Sodoma y Gomorra”, libro que narra, además, el amor posesivo de Charlus por Morel, el violinista. Los personajes mencionados tienen la enorme dificultad de lograr un amor pleno y satisfactorio con sus parejas, no obstante, se les dificulta romper con ellas, por lo que les es imposible llevar esta acción a cabo. Si bien Marcel y Gilberta no concretan nada dada la disparidad de caracteres, en cambio con Albertina el ansia o afán de posesión del narrador, la naturaleza de las costumbres de Albertina y el estrato social al que pertenece, propician los asuntos narrados en los tomos quinto y sexto: “La prisionera” y “La fugitiva”, respectivamente. El de Marcel y Albertina fue un amor necio, obsesivo, posesivo, compulsivo, de atracción y rechazo simultáneo, hasta el límite de ambos personajes.

Ya vimos como el narrador se enamora perdidamente de la duquesa de Guermantes, después de haber pasado por un noviazgo frustrado con Gilberta, hija de Charles Swann y Odette de Crécy. Experimenta una atracción intensa, pero breve por la señorita de Stermaria, a quien conoció en Balbec, pero elige finalmente a su muchacha en flor, Albertina, quien casi mata a Marcel por las dudas y celos que le provocará su comportamiento atípico.

Pero vayamos en orden. Cuando Marcel decide veranear nuevamente en Balbec, inevitablemente recuerda a su abuela fallecida recientemente. Recuerda lo ingrato que fue al no preocuparse por la evolución de la salud de su abuela, por andar en los salones de la nobleza, codeándose con princesas y duquesas, en un mundo de frivolidades. En la ocasión anterior, cuando conoció a las muchachas en flor, realizó el viaje acompañado de su abuela.

En esta ocasión lo acompaña su madre, en cuya expresión descubre el sufrimiento por la muerte de la abuela. Esta tristeza lo enferma, por lo que evita ver a Albertina en sus primeros días en la costa y se dedica a realizar pequeños paseos y a estar encerrado en el cuarto del hotel.

Cuando se recupera de su tristeza, manda a Francisca, el ama de llaves de la familia, a buscar a Albertina. En esos momentos tiene una cruel sospecha:

Creo que mentiría si dijera que ya entonces comenzó la dolorosa y perpetua desconfianza que llegaría a inspirarme Albertina, con mayor razón por el carácter particular, sobre todo gomorrano, que iba a tomar esta desconfianza.²¹

Esta sospecha sobre el lesbianismo de Albertina la intuye también Francisca, pero no acierta a definirla, pues le advierte a Marcel: “—Monsieur, no debería ver a esa muchacha. No me gusta su modo de ser, le va a dar disgustos”.²² Que Albertina sufre de la “afección gomorrana”, se lo confirma el doctor Cottard con el punto de vista especial del médico:

Sí, pero los padres son muy imprudentes dejando a sus hijos que adquieran esas costumbres. Desde luego yo no permitiría a las mías venir aquí. ¿Son por lo menos bonitas? No distingo sus facciones. Mire —Añadió indicándome a Albertina y a Andrea, que bailaban lentamente un vals, muy apretadas una contra otra—, he olvidado los anteojos y no veo bien, pero no hay duda de que están gozando muchísimo. La gente no sabe bien que las mujeres gozan sobre todo con los senos. Y mire como se tocan por completo los suyos.²³

Además de la tristeza que le inspira Balbec a Marcel, el narrador nos muestra un balneario completamente metamorfoseado respecto al que nos mostró en “A

19 En la segunda parte, en Balbec, Marcel visita a Robert de Saint-Loup y éste le pide que lo acompañe a visitar a Raquel, a quien desea hacerle un costoso regalo (una sortija), pero ésta no lo acepta. Esta situación se detalla en Pérez Reyes, C. A. “Marcel Proust: ‘En busca del tiempo perdido’ (segunda parte): A la sombra de las muchachas en flor o la admiración del narrador por Odette de Crécy”, *Reforma Siglo XXI*, 31 (122) 77-85.

20 Situación desarrollada en el segundo volumen de *En busca del tiempo perdido*. Consultar la breve referencia en la bibliografía señalada en la nota anterior.

21 Proust, 2019, 246.

22 Proust, 2019, 247.

23 Proust, 2019, 257.

l'ombre...".²⁴ Ya no recuerda la iglesia del lugar con la escultura de la virgen María cambiada en una viejecita cuyas arrugas se podían contar. Ahora Balbec es Sodoma y Gomorra donde se esconden del mundo parisino las correrías amorosas de Charlus con Morel el violinista, su nueva conquista amorosa.

La moda de los salones parisinos llega a Balbec. Marcel acude al de madame Verdurin, que alquila un antiguo castillo a la marquesa de Cambremer. El clan del salón de los Verdurin es pequeño, por lo que la anfitriona procura incrementar el grupo. La Raspelière es de difícil acceso. El clan suele trasladarse en tren desde Balbec; por esta razón, algunos críticos han señalado que la novela transcurre en el vagón del tren,²⁵ observación que es imprecisa. Algunos asistentes habituales de reconocidos salones parisinos, como Marcel y el barón de Charlus (interesado por Morel), pertenecen al clan. Madame Verdurin duda en aceptar al príncipe de Guermantes en el grupo, pues es familiar de Charlus.

Como se mencionó anteriormente, el afecto de Charlus hacia Morel aumenta a medida que disminuye el sentimiento amoroso del narrador por Albertina. La elusividad de Albertina se presiente desde el primer beso que la muchacha en flor le concede a Marcel. La descripción de este beso, magistralmente narrado nos muestra la fugacidad de Albertina, que será el rasgo más característico de la protagonista, que tantos celos provocará en el Marcel posesivo:

Las últimas aplicaciones de la fotografía [...] en la misma medida que el beso, hacer surgir, de lo que creemos una cosa de aspecto definido, las otras cien cosas que son asimismo, ya que cada una de ellas dice en perspectivas no menos legítimas. En suma: así como, en Balbec, Albertina me había parecido a menudo diferente, ahora, cual si al acelerar prodigiosamente la rapidez de los cambios de

perspectiva y de las mudanzas de la coloración que nos ofrece una persona en nuestros diversos encuentros con ella, hubiera querido yo hacerlos caber todos en unos cuantos segundos para crear experimentalmente de nuevo el fenómeno que diversifica la individualidad de un ser y sacar, las unas tras las otras como de un estuche todas las posibilidades que encierra, en este breve trayecto de mis labios hacia su mejilla, fueron diez Albertinas las que vi; como quiera que esta muchacha sola, era cual una diosa de múltiples cabezas, la que yo había visto la última, si intentaba acercarme a ella, dejaba el sitio a otra. En tanto no la había tocado, al menos, veía yo esa cabeza; un ligero perfume venía de ella hacia mí. Pero ¡ay! —porque para el beso las ventanillas de nuestra nariz y nuestros ojos están tan mal situados como mal hechos los labios—, de pronto mis ojos cesaron de ver; mi nariz, a su vez, al aplastarse, no percibió ya ningún olor, y sin conocer más, por eso el gusto del rosa deseado, supe, por estos detestables signos, que al fin estaba besando la mejilla de Albertina.²⁶

Salta a la vista la analogía del acto del beso con una serie de instantáneas fotográficas del rostro de Albertina. Con ello Marcel detiene el tiempo fugaz de la experiencia sensorial, lo congela en una descripción cuya sintaxis equivale a una secuencia fílmica, en cámara lenta al decir: "fueron diez Albertinas las que vi". Olores, sabores y colores, se conjugan en la frase "ya no percibí ningún olor, y la cercanía tampoco me permitió conocer el anhelado sabor del rosa".

Así, la mejilla de Albertina se convierte en la *sinécdoque*²⁷ elusiva de la mujer, ya que nunca la podrá poseer completa, pues en la novela de Proust la mujer, representada por Albertina y por Odette, es esencialmente un ser en fuga. Lo supimos al leer "Unos amores de Swann",²⁸ episodio contenido en el primer volumen de "*A la recherche...*", en el que vimos a Charles Swann perseguir a Odette, en

24 Véase la segunda parte o volumen de la monumental novela y compare la descripción de Balbec, en donde el único episodio perturbador es la aparición de Charlus, que describimos en la primera parte de este trabajo. Todo lo demás es color, luz, mar, captados magistralmente por Elstir el pintor. En Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido* 2: "A la sombra de las muchachas en flor" (Alianza Editorial, 2018).

25 Véase "Sodoma y Gomorra (Marcel Proust) | Devaneos: Diario de lecturas (2006-2025)", en línea.

26 Proust, 2018, 485 – 486.

27 La *sinécdoque* es una figura retórica que utiliza una parte de algo para referirse al todo. A veces, la *sinécdoque* consiste en utilizar el todo para referirse a una parte. En este caso se utiliza mejilla (la parte) para referirse al todo: Albertina.

28 Segunda parte de "Por el camino de Swann", primer volumen de la novela de Proust.

el paroxismo de los celos, por todo París y al final por toda Francia y toda Europa sin llegar nunca a poseerla. Ya veremos en “La prisionera”, el quinto volumen de “*A la recherche...*” el amor posesivo e inseguro de Marcel por Albertina, que terminará en la fuga de ésta, asunto narrado en “*Albertina disparue*” (traducida como “La fugitiva” por algunas editoriales y por otras como “Albertina desaparecida”).

El recuerdo en el narrador es implacable. Al mínimo suceso que le ocurre en su vida se le disparan los recuerdos. Asocia con suma facilidad los acontecimientos ya vividos con alguna situación actual. Tal vez sea el precio que el ser humano tenga que pagar por ser poco cronológicos y vivamos varios momentos de la vida simultáneamente, condición que Marcel tenía desarrollada sobradamente. O, tal vez, el precio que Marcel debe pagar por su voyerismo. Me explico en el siguiente párrafo.

Marcel siente la inseguridad del comportamiento sexual de Albertina, pues sospecha, pero no le consta, que tiene conductas lésbicas. Además de dicha suspicacia, es celoso, sobre todo de su gran amigo Saint-Loup, pues recela de las actitudes que mostró la muchacha en flor cuando visitaron al joven, que pertenece a la familia de los Guermantes. Así pues, recela o desconfía de la conducta de Albertina ante el género femenino como masculino. La sospecha sobre la probable conducta lésbica de Albertina se acentúa cuando Marcel, aburrido de Albertina, quiere regresarse a París y ella desea viajar para visitar a una amiga de Madeimoselle Vintevil.

Antes de esta situación había negado a su madre que pensara casarse con Albertina, pero al día siguiente cambia súbitamente su decisión. La causa: la amiga de Madeimoselle Vintevil es la misma muchacha que vio Marcel hace varios años en la casa del músico ya fallecido, ante cuyo retrato hacen el amor y posteriormente lo escupen. De inmediato Marcel reacciona y al día siguiente comunica a su madre que ha cambiado de opinión. Posteriormente llegan ambos a París. En “La prisionera”, quinto volumen, veremos qué suerte les espera a los dos.

Marcel es feliz de su relación cuando ella no está cerca, cuando no la tiene. La idealización de la mujer y el amor que le inspira Albertina, le hacen amarla y desearla; pero en cuanto la tiene cerca ese amor se apaga, se muere. En la teoría del amor

de Marcel, a lo largo de los siete volúmenes y con distintas parejas, se concreta la abstracción “solo amamos lo que no poseemos”:

En esa tensión, entre poseer y la imposibilidad de poseer por entero a una persona, es que se desarrolla la relación entre Albertina y el narrador, él la quiere mantener en su apartamento, vigilada, convertida en una prisionera, siendo él mismo carcelero y prisionero de la pasión. Una pasión que se apacigua y parece desaparecer mientras ella está dócil y a su disposición — tanto que él cree ya no amarla— y que se acrecienta cada vez que ella hace el esfuerzo por escaparse.²⁹

El amor del barón de Charlus y el del violinista Morel termina de la forma más inesperada, en la que mucho tuvo que ver (involuntariamente) el príncipe de Guermantes, sin que el barón de Charlus se enterara quién había sido el causante. El amor de Marcel y Albertina continuará, pero en unas condiciones tan endebles, tan frágiles que sorprende la decisión que ambos adoptan para continuar, pero eso ya se verá en “La prisionera”.

El caso Dreyfuss

El caso Dreyfus descrito someramente en la nota cuatro del presente trabajo se refleja en En busca del tiempo perdido y le brinda su contexto histórico. Para no alargar esta colaboración, veamos dos ejemplos de la polarización de la sociedad francesa. El autor no toma partido, pero presenta a lo largo de los siete tomos a los personajes divididos en dreyfusistas o antideyfrusistas:

El caso era que mis padres habían concedido e inspirado siempre a la señora de Sazerat la más profunda estima. Pero (cosa que mi madre ignoraba) Sazerat, única en su género en Combray, era dreyfusista. Mi padre, amigo del señor Meline, estaba convencido de la culpabilidad de Dreyfus. Había mandado a paseo, malhumorado, a unos colegas que le habían pedido que pusiera su firma en una lista revisionista. No volvió a hablarme en ocho días cuando supo que yo había seguido una línea de conducta diferente. Sus opiniones eran

²⁹ Véase “Sodoma y Gomorra (Marcel Proust) | Devaneos: Diario de lecturas (2006-2025)”, en línea.

conocidas de sobra. La gente no andaba muy lejos de tacharle de nacionalista.³⁰

El asunto Dreyfus permea en todas las clases sociales. Robert de Saint-Loup es un Guermantes y además militar, razón de sobra para ser antidreyfusista, pero es todo lo contrario. En la tertulia que se lleva a cabo en el salón de la duquesa de Guermantes se le atribuye a Raquel, la prostituta amante de Saint-Loup, el haber influido en el partido que toma el noble:

–Sí, pero es que hay alguien más que su madre, a nosotros no hay que venirnos con música. Hay una pájara, una moza ligera de cascos, de la peor calaña, que tiene más influencia sobre él y que precisamente es compatriota del señor Dreyfus. Ésa le ha transmitido a Roberto su estado de espíritu.³¹

La importancia de los salones (como si cotizaran en la bolsa) se trastoca. Los salones menos favorecidos como el de madame Swann, antigua Odette de Crécy, la gran cocotte, que es antidreyfusista, hacia él acuden los aristócratas de ideas conservadoras; y el salón de madame Verdurín, aristócrata dreyfusista, hacia él acuden los dreyfusistas progresistas.

Conclusiones

El título de la novela, “Sodoma y Gomorra”, introduce la exploración que Marcel Proust realiza sobre la homosexualidad masculina (*l’homme aura Sodome*: para el hombre Sodoma) representada por el barón de Charlus y el lesbianismo (*La femme aura Gomorrhe*: para la mujer Gomorra), a través del personaje de Albertina, quien mantiene relaciones afectivas con otras mujeres y es pareja del narrador. Para Proust, de acuerdo con los conocimientos de la época (inicios del siglo XX), la homosexualidad era una patología en la que convivían los dos sexos en una sola persona, en una especie de hermafroditismo psíquico. Proust señala que, al igual que en alguna variedad de flores en las que conviven ambos sexos, en el hombre también se da ese hermafroditismo psíquico, que lleva a considerar la homosexualidad como una enfermedad y no como un componente

más de la diversidad sexual. De allí que los nobles de la alta sociedad francesa ocultaran muy bien este tipo de comportamiento.

El volumen “Sodoma y Gomorra”, que contiene la cuarta parte de las siete que integran *En busca del tiempo perdido*, ocultaran estas prácticas sexuales, como es el caso del barón de Charlus, nada menos que todo un Guermantes. El fenómeno de la homosexualidad está bien desarrollado por el autor y muy bien construida su coartada voyerista en la que no ve nada, pero escucha, de allí que irónicamente digamos que en la ocasión en que Marcel se da cuenta de que el barón de Charlus es homosexual es “oyerista”, en lugar de voyerista. El contexto histórico de esta novela, que Proust se cuida de que se convierta en asunto principal o dominante, es el de la Primera Guerra Mundial, representado por el caso Dreyfus. El lector se da cuenta de la época en que está situada la novela por las conversaciones de los personajes. Una de las conversaciones que, incidentalmente sostienen los personajes, es el caso Dreyfus.

En “Sodoma y Gomorra” el autor explora además el amor entre el hombre y mujer, en este caso representado por Marcel y Albertina, pero es un amor marcado por la sospecha de que la amada practica el lesbianismo, pues hay algunos indicios, que lo llena de inseguridades y de celos. En el caso de los salones, por desarrollarse la acción en Balbec, el balneario donde vacaciona la aristocracia, la asistencia es variopinta y así, nos encontramos el de la señora Verdurin y el de la marquesa de Cambremer, las cuales compiten por ver cuál de las dos tiene mayor número de invitados. Este par de salones son el laboratorio en que el joven Marcel diseccionará finamente a sus asistentes para describir la sociedad francesa de la Belle Époque. Como para trasladarse al salón de la señora Verdurin y los asistentes se trasladan en tren, los vagones son el lugar en que Marcel realiza las observaciones de los contertulios de ambos salones. Con esta colaboración hemos llegado juntos (el que escribe y sus improbables lectores) a la cuarta parte de siete que tiene esta monumental obra. Espero que la vida me dé para escribir las reseñas de las tres restantes, porque “Ars longa, vita brevis”.

30 Proust, 2021, 200 – 201.

31 Proust, 2021, 314. Sin cursivas en el original. En la misma página uno de los personajes explica que la frase “estado de espíritu” se refiere a “mentalidad”.

Referencias

Luz Aurora Pimentel. *Muerte y transfiguración de un gran autor. El legado de Marcel Proust. Charlus y el mundo de la homosexualidad: "Sodoma y Gomorra"*, 2022.

Marcel Proust. *En busca del tiempo perdido 2: "A la sombra de las muchachas en flor"*. Alianza Editorial, 2018.

Marcel Proust. *En busca del tiempo perdido 3: "El mundo de Guermantes"*. Alianza Editorial, 2021.

Marcel Proust. *En busca del tiempo perdido 4: Sodoma y Gomorra*. Alianza Editorial, 2019.

Sodoma y Gomorra (Marcel Proust) | Devaneos: Diario de lecturas (2006-2025), en línea.

